



Sangre amarilla

Dícese que el pobre ex kaiser de Alemania — ¡vaya un papel el suyo! — Guillermo II de Hohenzollern, una vez que se hizo una pequeña herida y de ella le brotaba sangre imperial, le dijo a un cortesano que se lo advertía: «¡Déjala!, a ver si es mi última sangre inglesa que se me vale. Porque el pobre cómico del trono imperial tenía, a temporadas, la monomanía anglófoba. O la simulaba a lo menos. ¿Pero su sangre... inglesa? ¿Es que la sangre de las dinastías tiene patria? ¿Es que es jugo de tierra? ¿Es que un palacio real es tierra? ¿Y es, en concreción histórica, que la Casa de Hannover es de sangre de raíz de tierra inglesa? El bueno del kaiser, queriendo decir algo, no dijo, como de costumbre, más que una vaciedad.

¿Qué naciones tienen hoy dinastías indígenas de origen? ¿Qué se ha hecho, por ejemplo, de la sangre de doña Juana la Loca, la hija de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla? La locura violeta de la pálida reclusa de Tordesillas — ¡y cómo corre allí, espejo andante, el padre Duero, que reflejó antes la salida del Cid! — hase derreído en el veneno de otra sangre, sangre amarilla, que no azul ni roja.

Y estas cosas de sangre — de sangre roja, azul, amarilla o violeta y hasta negra, que la hay — ¡juegan tanto en la historia trágica de los linajes reales! Juegan, decimos, porque esa historia suele ser un juego. Otras veces una fiesta.

¿Quién, sino Antonieta, llevó al bonachón de Luis XVI, Borbón — ¡pobrecillo! — a enrojecer el cadalso? Ella, con su hermosa cabeza — hermosa por de fuera, — cuya espléndida cabellera no abrigó pensamientos de seriedad ni de hondura.

Ella, los retoños de Maximiliano de Austria, hicieron de la Inquisición, en una u otra forma, Constitución. «Soy un desdichado, señor; me hicieron prestar un juramento a que no faltaré jamás. Estoy obligado a tratar a todos los prisioneros sin miramiento alguno a su condición, sin indulgencia, sin concesión de abusos, y mucho más a los prisioneros de Estado. El emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle.» Así le decía a Silvio Pellico su carcelero de Spielberg, un suizo. Y cuenta el mártir de la italianidad irredenta que más luego «mientras estábamos en las magníficas avenidas de Schoenbrunn, pasó el emperador y el comisario nos hizo retirarnos para que la vista de nuestras descarnadas personas no le entristeciese». ¡Ternura de corazón!

Y cuéntase que cuando Francisco II, Habsburgo, el tierno emperador, leyó

«Mis prisiones», de Pellico, exclamó: «Hasta este jesuita de Pellico ha querido tomarse su venganza.» ¿Y hablaba de venganza él, el de la sangre amarilla? El que venía de aquel rey de Hungría, hermano del de la cara de perro — «la faccia cagnazza», — que cantó Carducci. ¡Carducci vengador! ¿O es que sólo han de ser vengadores — como los recomienda una triste circular pública, que detona en este siglo — los servidores del Estado inquisitorial?

Hay quien asegura que, a pesar de todo, acabará viniendo a nuestra España amarilla el ex kaiser de Austria, Carlos. No lo sabemos, y menos aún que nosotros lo debe de saber el gobierno. Verdad es que para qué... Hay quien asegura que acabará viniendo desterrado a esta España amarilla que hasta para los españoles con clara y limpia conciencia de su españolidad es hoy un destierro. Y toda la tierra lo es para los que al perder su patrimonio no cobran patria.

Si viniera habría que darle hospitalidad, ¿cómo no? La hidalguía de los de la tierra del salido el Cid está por sobre

todo lo demás. Pero ¿no le convendría ir a Yuste, a meditar allí, en las soledades serranas, al pie de Gredos, espinazo de España, en las mudanzas de la suerte? Allí, al pie de aquel amarillo naranjo, e desde el desencajado balconcete de donde, dicen, el gotoso emperador pescaba tenecas, a rumiar en sus mientes — y más que en éstas, en sus desganadas ganas — el sino trágico de los linajes de abelengo despótico. Y que su mujer, que mamó la linidad franco-italiana, le lea el «Mira-mar», de Carducci, soberana lección de historia; de historia soberana. Que no hay a la larga otra soberanía que la de la historia, pues la historia es el pensamiento de Dios en la tierra del Hombre.

Y cómo sonará entre las berroqueñas soledades de Yuste, corazón granítico de España, aquello de:

«No a tus viles abuelos por la podre marchitos, o en furor regio abrasados; te quería y te cojo a ti, de Habsburgo, flor renacida.»

Y allí le pondrán contar de cómo Prim — el general revolucionario, como lo fue el difunto Milans del Bosch — se negó a apoyar el plantamiento en Méjico de esta flor renacida — «rinato fiore» — de los Habsburgos. Y todo lo que vino luego. Y como hay quienes deben a la Revolución anti-dinástica la gracia de su carrera. Es decir, de una carrera de gracia.

Miguel de UNAMUNO.

